

El cambio de ideología finisecular en Latinoamérica

Agustín Cuadrado
The University of Arizona

A finales del siglo XIX el concepto de identidad latinoamericana va a sufrir un notable giro, importante si queremos entender la actual Latinoamérica. El cambio de mentalidad que comienza a aparecer hacia 1890 se basa en la redefinición de la dicotomía civilización vs. barbarie — europeo vs. americano—; ahora lo importante es asimilar y adoptar lo extranjero a la naturaleza propia americana. Las ideas liberales y positivistas comienzan a ser rechazadas por no haber dado los frutos esperados en la política y en la economía. La cultura, sin embargo, comienza a verse como la única posibilidad de pertenecer al primer mundo, apareciendo el Modernismo, corriente artística genuinamente americana y que tendrá en el sincretismo y latinización sus características principales. Este ensayo, en resumen, pretende dar una visión descriptiva de este cambio tan importante en la ideología latinoamericana.

El inicio del siglo XIX está marcado por la entrada de las ideas liberales en América Latina. Las nuevas naciones-estado creadas tras la independencia de España, en busca de una identidad propia que los diferencie de los españoles y de los indígenas, abrazan una ideología liberal, basada principalmente en la libertad, que, de acuerdo con la filosofía positivista, promete un bienestar futuro gracias al avance de la ciencia.

Pero las definiciones sobre la identidad americana que esta ideología liberal genera dejan fuera a la mayoría de la población, sólo representando a una minoría oligárquica y burguesa, mayoritariamente blanca, que reside en las ciudades y que ve en Europa y en Norteamérica un modelo a imitar, lo cuál se constata en las palabras de Juan Francisco Marsal cuando dice “Lo que sí es cierto es que era una nueva ideología, vinculada a una nueva clase social en período emergente; es la ideología que corresponde a las nuevas oligarquías burguesas de la etapa del capitalismo expansivo que alcanza a América Latina y que tendría a fines del siglo pasado un período de fugaz esplendor” (Marsal 25).

La dicotomía civilización vs. barbarie, en la que se basaron la mayoría de las definiciones del habitante americano, tuvo en Domingo Faustino Sarmiento a su creador y figura más representativa, y fue esta dicotomía la que determinó que la población quedara encasillada dentro de dos grupos antagónicos dependiendo de varios factores, tales como raza, clase social o el lugar de residencia: o se era parte de la civilización, con lo que había que copiar a Europa, especialmente Francia, o se era bárbaro.

Según Juan Francisco Marsal, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi o Esteban Echevarría, intelectuales a los que en Argentina se llamaría la Generación del 37, eran “llamados realistas sociales, insistieron en oponerse al utopismo de los ilustrados y pretendieron hacer una sociología nacional que no era, sin embargo, menos especulativa que la anterior” (25). Como se observa en la cita anterior, la visión de la realidad que estos personajes tienen de la América de aquellos tiempos es utópica y no reflejaba una situación real donde la herencia colonial estaba muy enraizada. De hecho, autores como José Medina Echevarría utilizan palabras como “[t]odavía está en los momentos finales del colonialismo” (100) para referirse a este período.

Pero las ideas del liberalismo, si bien fueron bastante útiles a la hora de conseguir la independencia de España¹, no encontraron el apoyo necesario en la estructura

económica existente en América, como puede verse en la siguiente cita:

En América Latina el liberalismo forma parte integrante de su constelación originaria desde los días de la Independencia—y perdura por eso con constancia singular—pero también desde los primeros momentos su situación pudo menos de ser en extremo precaria, en cuanto, como ideología, se encontraba en contradicción con la estructura social fundamentalmente agraria y los usos y creencias efectivas en que la misma se apoyaba. (Medina 88)

En Europa el liberalismo nace producto de la revolución industrial, pero en Latinoamérica no encuentra ese mismo sustrato para desarrollarse ya que es una sociedad principalmente agraria y ganadera. Por lo contradictorio de esta situación empiezan a aparecer críticas como las que se mencionan a continuación: “Lo superficial presentado más o menos brillante nos ha arrastrado y dominado siempre [. . .] Sólo ha dado de sí una vida artificial que se extingue rápidamente” (García 14) o “El hecho es que desde muy pronto comienza a ser atacado el liberalismo tanto en sus postulados fundamentales como en sus diversas expresiones doctrinarias” (Medina 90).

El descontento general hacia el liberalismo también se extrapola a teorías filosóficas como por ejemplo el positivismo², del cuál a Latinoamérica sólo llega la parte teórica. La ciencia proporcionará bienestar, se dice, pero para que la ciencia sea posible

tienen que darse unas características de las que América Latina carece, ya que, como se menciona anteriormente, la base económica no es la industria, sino la agricultura y la ganadería. Sobre este aspecto, y a principios del siglo XX, aparecen autores como “Antonio Caso en *Problemas Filosóficos*, de 1915, da como cierto que el fracaso del positivismo teórico es un hecho innegable y destaca que desde todas partes brota el anhelo de una nueva filosofía que libere el espíritu y que un nuevo idealismo emerge” (Devés 41); o Raimundo Farías, que con la misma temática, publica en 1914 *Mundo Interior: Ensayo sobre los Elementos Generales de la Filosofía del Espíritu*. Además, el positivismo, apoyándose en las teorías deterministas, ayudó a la creación de una jerarquización de las razas, lo cuál devendría en un racismo con bases científicas.

El proyecto civilizador-modernizador ha entrado en crisis, y ante este clima de inestabilidad ideológica el mundo de la cultura en América Latina, como es obvio, no podía quedar impasible, surgiendo a finales del siglo XIX una corriente artística, ésta sí americana, que rechazará el liberalismo, el romanticismo y el positivismo, culpando a la no independencia mental de la situación de irrealidad en la que vive América con respecto a las ideas provenientes de Europa. Las siguientes declaraciones, que hiciera Pedro Henríquez Ureña al respecto, son bien significativas: “El descontento provoca al fin la insurrección necesaria: la generación que escandalizó al

vulgo bajo el modesto nombre de *modernista* se alza contra la pereza romántica y se impone severas y delicadas disciplinas. Toma sus ejemplos en Europa, pero piensa en América” (Henríquez 14).

Para la corriente modernista la dicotomía civilización vs. barbarie pierde su validez primigenia, y valiéndose de los conceptos de habitante americano que presentaran figuras como Francisco de Terrazas, Simón Bolívar o Ignacio Manuel Altamirano³, encuentran un nuevo rumbo para la creación de una nueva definición del habitante de América: la síntesis.

A América siguen llegando muchas tendencias, pero de acuerdo a este nuevo planteamiento para la identidad, estas ideas se van a transformar a su contexto. La importancia de la cultura se enfatiza debido a la propagación de la creencia que el americano nunca llegará al nivel económico de Europa o Estados Unidos ya que se ven muy atrasados con respecto a estas culturas pragmáticas, y en América se comienza a criticar esta mentalidad. La siguiente cita, hecha por el escritor Gregorio Recondo, respalda lo dicho anteriormente: “El arte y la literatura son las únicas manifestaciones que señalan nuestra pertenencia al primer mundo. No ha ocurrido lo mismo con la economía y con la política” (45). Con respecto al utilitarismo americano, Rodó profetizaría que la civilización latinoamericana es más perfecta porque es más compleja; sin embargo, la de América del Norte es inferior porque es

monodireccional, sólo preocupándose por el progreso, por lo útil.

En cierto modo, esta tendencia es una vuelta al panamericanismo que predicara Simón Bolívar a principios de siglo. En las postrimerías del siglo XX, su puesto es ocupado por José Martí, que en su afán por predicar la unión de todos los pueblos americanos afirmaría: “Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva libremente sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo ni permitir que con la cubierta de un negocio, o cualquier otra, lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente” (Griñán 57).

Volviendo a la literatura, una definición de Modernismo es la que diera Harvey L. Johnson: “El modernismo, movimiento rico y complejo, nació del deseo de huir de la antigua prosodia, de emanciparse de lo tradicional, de renovar la estructura literaria y de ensanchar el horizonte poético con nuevas bellezas de forma, matiz, y musicalidad” (Johnson 154). La definición anterior, si bien bastante poética, nos es muy útil para poder entender algunas de las características básicas del movimiento modernista. Esa emancipación de lo tradicional se convierte en una corriente crítica para con los imitadores de lo europeo, sobre todo de lo francés, y adoptó el sincretismo como elemento fundamental. El americano lo sintetiza todo, desde tendencias que son completamente antagónicas, como pueda ser el Romanticismo y el Naturalismo, hasta tendencias que en otros lugares se

desarrollan de manera cronológica, o como dice Henríquez Ureña: “La obra de arte no es una suma, sino una síntesis” (33). Además se aboga por lo bello, que sería su arma contra el utilitarismo, y la nueva seña de identidad de la latinidad.

Ahondando un poco más en esta corriente, “La literatura modernista absorbió muchos de sus elementos característicos de varias corrientes de la poesía francesa — romántica, parnasiana y simbolista— pero en su última etapa, influida más por escritores españoles de todas las épocas, abandonó sus primeras extravagancias a favor de un producto más auténticamente americano” (Johnson 154). Este producto genuino americano al que se refiere Johnson es traducido por Henríquez Ureña en una serie de fórmulas del americanismo, donde se dan las soluciones para el problema de su expresión en la literatura. Para Henríquez Ureña hay varios temas concretos como son la naturaleza, el indio—que es el habitante primitivo—y el criollo—que prefiere el campo—, que vendrán a ser una guía para los escritores.

La aparición de unas fórmulas netamente americanas para la creación de un producto auténtico americano, en el cuál se sintetizan las corrientes que puedan venir de fuera, junto con la búsqueda de lo bello en contraposición de lo pragmático, que es lo feo, sería, de acuerdo con lo visto hasta el momento, el nuevo proyecto que los nuevos intelectuales modernistas defenderán para definir al habitante de Latinoamérica y su

cultura. En este sentido es válida la teoría de Gregorio Recondo de agrupar todos los temas que aparecen en la literatura en categorías superiores, quedando, en definitiva, dos grupos: la identidad y la integración (133), con lo que volvemos al punto de partida donde relacionábamos sincretismo e identidad. La civilización es ahora lo latinoamericano, y la barbarie es lo norteamericano.

Una vez presentadas algunas de las características del movimiento modernista, así como las causas de su aparición, sería conveniente citar algunos de los escritores más importantes de este período antes de tratar con más profundidad a dos de sus más importantes figuras: José Martí y José Enrique Rodó.

Entre los autores modernistas más reconocidos, destacan las figuras de Manuel Gutiérrez Nájera en México, Julián del Casal en Cuba y José Asunción Silva en Colombia—estos tres tradicionalmente considerados como precursores del movimiento—Amado Nervo, José Santos Chocano, del cuál a continuación incluiré una cita, y, por supuesto, Rubén Darío. Sobre Chocano se escribiría:

Es tan bardo como poeta; tan épico como lírico; tan universal como más estrictamente americano en el sentido español.. es clásico y romántico... es salvaje y aristocrático; hombre de naturaleza, en el sentido de Rousseau, y hombre de refinamientos; representa todo en una pieza: el pasado, el presente y el futuro; une la energía con la

delicadeza; es panteísta, y al mismo tiempo devora públicamente un creyente moderno. (Goldberg citada en Johnson 159)

Con estas palabras, la escritora Jacqueline Goldberg describe poéticamente al escritor peruano. De ellas, y de acuerdo con la naturaleza de este ensayo, debemos quedarnos con la polivalencia artística que poseía Santos Chocano, y que contrastará con el sincretismo del que anteriormente se hablara, y con lo delicado, adjetivo asociado al buen gusto del arte latinoamericano.

José Martí es una de las figuras más importantes de este período. Independientemente de si atendemos a los estudios que consideran al escritor cubano como el primer modernista, o si atendemos a otros estudios que lo consideran como el inminente precursor de dicho movimiento, lo cierto es que Martí y *Nuestra América* marcaron un punto de inflexión no sólo en la literatura e ideología latinoamericana, sino en el devenir histórico del continente.

El divorcio entre José Martí y el pensamiento de su época es evidente si tomamos como referencia el modo con el que el escritor cubano mira al habitante latinoamericano. La dicotomía civilización vs. barbarie, que a mediados de siglo propusiera Domingo Faustino Sarmiento, dio como resultado una definición utópica del nuevo americano, que más parecía un reflejo del europeo; sin embargo, Martí va a redefinir los conceptos sarmientinos dándoles un tono más realista, quedando

reflejado en su obra *Nuestra América*. Estas afirmaciones se pueden entender mejor si atendemos a las siguientes declaraciones que el mismo autor hiciera: “Para conocer un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles y en sus bandidos” (Ripoll 14). De estas declaraciones se puede concluir que la definición del habitante de un país, Cuba en el caso de Martí, o por extensión de un continente, América en este caso, va a tener que regirse de acuerdo con la realidad de dicho país o continente, y no por unos ideales que poco o nada tienen que ver con su realidad.

Martí comprendió que la base poblacional americana se basaba, como vaticinara Simón Bolívar, en el sincretismo de su diversidad, y por ello su especial simpatía por la raza negra e indígena, ambas condenadas a la otredad. Varias son las citas sobre este aspecto, de entre las cuáles se presentan algunas a continuación: “El vulgo creía en la existencia de *razas* inferiores y superiores” (Ortiz 8), “La naturaleza, decía, nos hizo parientes al engendrarnos a todos con los mismos materiales y para los mismos destinos” (9), “No hay odio de razas porque *no hay razas*” (13), “La raza negra es de alma noble” (21), y “La postración de la raza india es social y no antropológica” (20). Martí, en definitiva, da un giro radical al concepto civilización vs. barbarie, pues para él, el indio y el negro, desde ahora, van a pertenecer a la civilización.

Las ideas antropológicas que

difundiera Martí en sus escritos tuvieron su complemento ideológico en otro escritor modernista. Para José Enrique Rodó, también llamado el filósofo del Modernismo de América Latina debe tener un espíritu idealista y contrario al utilitarismo y pragmatismo de sus vecinos del norte, que defiende un modo de vida insuficiente y vacía (Johnson 160). Su obra *Ariel* recoge todas estas ideas y advierte del peligro de las ideas positivistas de Norteamérica, que desde este momento va a representar la barbarie.

Las ideas de Martí y Rodó, y del Modernismo en general, son fundamentales para entender la Latinoamérica del siglo XX y las corrientes ideológicas que sobre ella han aparecido durante este siglo. La visión de una América autóctona tuvo sus verdaderos inicios durante el cambio de siglo, naciendo a partir de este momento una conciencia latinoamericana más aglutinadora y menos elitista.

Para la difusión de este nuevo modo de interpretar América Latina, la literatura tuvo un papel imprescindible, ya que, para muchos, era el único modo de unión con el primer mundo. “Ernesto Sábato ha podido decir—con cierta visión apocalíptica—que ‘la cultura representa la única posibilidad de sobrevivencia honrosa para nuestros pueblos’” (Recondo 45). El Modernismo era contrario a la falsa europeización de la que hasta el momento había sido objeto, según Henríquez Ureña: “No sólo sería ilusorio el aislamiento—la red de las comunicaciones lo impide—sino que tenemos derecho a tomar

de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los derechos de la literatura occidental” (Henríquez Ureña 29), y también era contrario al pragmatismo del capitalismo americano.

A lo largo de este ensayo se ha tratado de analizar el cambio en el concepto de la identidad latinoamericana a finales del siglo XIX y principios del XX de una manera descriptiva. Las ideas liberales venidas de Europa, y que tanto ayudaran en el proceso de independencia, han entrado en crisis. Durante más de medio siglo se intentó ver una América que no correspondía con la realidad, cuando la verdad era que la herencia colonial supuso un freno al desarrollo económico. Este contexto propicia que comiencen a aparecer críticas, y ante este descontento aparece un movimiento, el modernista, que trata de dar una nueva visión a América y al habitante americano. El Modernismo asume su situación de otredad económica y política y encuentra un culpable en la falsedad de una oligarquía—más tarde convertida en burguesía—europeizada representante de la civilización. La solución es redefinir la dicotomía propuesta por Sarmiento, y se recupera el discurso sobre el mestizaje de Bolívar, y extrapolándolo a la literatura, que desde ese momento adoptará la síntesis y el antipragmatismo como sus señas de identidad latina. Esta unicidad cultural sería, en conclusión, la única manera de pertenecer al primer mundo.

Notas:

¹ La ideología liberal estaba basada en el concepto de libertad. Las colonias españolas en América se guiaron de estos principios, que a su vez provienen de la ilustración, para liberarse de España, y con ello de todas las injusticias de las que eran objeto.

² Filosofía de Augusto Comte que admite sin crítica el valor de la ciencia como tal.

³ Para estos personajes, el habitante americano debía buscar su propia identidad y su esencia en su contexto; y no copiando el modelo europeo.

Obras citadas

Devés Valdés, Eduardo. *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2000.

García Godoy, Federico. *Americanismo literario*. Madrid: Editorial América, 1917.

Griñán Peralta, Leonardo. *Martí líder político*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970.

Henríquez Ureña, Pedro. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, 1927.

Johnson, Harvey L. *La América española*. New York: Oxford UP, 1949.

Marsal, Juan Francisco. *Dependencia e independencia. Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.

Medina Echevarría, José. *Sociología latinoamericana*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana,

- 1976.
- Montaner, Carlos Alberto. *El pensamiento de José Martí*. Madrid: Ediciones Plaza Mayor, 1971.
- Ortiz, Fernando. *Martí y las razas*. La Habana: Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1953.
- Recondo, Gregorio. *Identidad, integración y creación cultural en América Latina*. Capital Federal: Editorial Belgrano, 1997.
- Ripoll, Carlos. *Thoughts / Pensamientos*. New York: Eliseo Torres and Sons. Las Américas Publishing Co., 1980.
- Terzaga, Alfredo. *Claves para la historia latinoamericana*. Córdoba: Alción, 1985.